

LA IMAGEN DEL HOMBRE EN EL CUENTO

Regina Valdés B.

En este breve trabajo nos interesa describir algunas constantes estético-antropológicas observadas a través de la lectura de cuentos europeos y de numerosos relatos que la tradición oral ha preservado hasta hoy en la isla de Chiloé.

En ambos casos podemos afirmar categóricamente que en el corazón, en el centro mismo de estas narraciones, nos encontramos con una imagen del hombre en su encuentro con el mundo. Es por esta razón que hemos centrado nuestra atención fundamentalmente en el héroe.

El otro poderoso motivo que atrae nuestra mirada hacia el héroe de los cuentos, es de índole pedagógica, ya que nuestros niños en sus años más receptivos desean permanentemente escuchar cuentos, y ya que, aún hoy, a casi todos los niños se les cuentan cuentos, nos preguntamos ¿qué imagen de hombre perciben a través de ellos? ¿Se podría decir que en la gran variedad de cuentos se da una *imagen unitaria del hombre*? En cierto sentido, sí.

Lo primero que nos llama la atención al leer cuentos, es la sorprendente variedad de los caracteres de héroes y heroínas. Nos encontramos con jóvenes pacientes y silenciosos como con joviales y aventureros; algunos amables y generosos, otros infieles y despiadados; frente al hombre inteligente y luchador que todo lo consigue, encontramos a un pobre "leso" que ante cualquier desafío se paraliza y llora. En los cuentos hay príncipes y cuidadores de chanchos, princesas y cenicientas. Esta primera observación, que podría desviarnos de la pregunta formulada, es sin embargo, sólo la *descripción de una apariencia*.

La verdadera realidad se juega a otro nivel, en el cuento la persona puede ser de una u otra forma, lo importante es observar que

experimenta fuertes cambios. El culebrón es hijo de rey, Cenicienta llega a ser reina; el pobre e inactivo Juan de la Quila se convierte en príncipe y poeta; el que era considerado tonto se manifiesta como el más sabio de los hermanos. Una pobre niña, *sin tener conciencia de ello*, puede convertirse en esposa de un rey y así, acceder al rango principesco.

En el cuento todo es posible, no sólo porque suceden prodigios de toda índole sino también en este otro sentido: el más humilde puede ascender al lugar más alto y el más poderoso caer al más bajo, y, generalmente ser aniquilado. Por esta razón, se ha creído que los cuentos han nacido del deseo de pobres y postergados, de caracteres débiles. Estas significaciones psicológicas y sociológicas, sin embargo, no alcanzan la verdadera dimensión del cuento. Soñar y desear alcanzar lo que no se posee, tiene evidentemente, un valor en la vida humana, y los anhelos y tensiones sociales también se reflejan en los cuentos, pero estos son tan sólo elementos superficiales.

Las imágenes de los cuentos fluctúan fundamentalmente en forma simbólica. Rey, princesa, oro, cristal, dragón, bruja, estiércol, cenizas, son para la imaginación de los hombres representación primaria de lo sublime, puro y noble o del peligro, lo animal y lo abismal; en fin, de lo auténtico y de lo falso. Cuando el cuento tan frecuentemente representa el ascenso del desposeído a la riqueza, de la sirviente a reina, la metamorfosis del monstruo en hermoso joven, intuimos en ello, sin lugar a dudas, *la capacidad de transformación del hombre*. No nos interesan fundamentalmente el cambio social de sirviente a señor, ni el reconocimiento del despreciado. Estas transformaciones son imágenes de algo más esencial: *de la liberación del hombre de un estado no auténtico hacia*

su verdadera forma de ser.

Ni para el creador, ni para el auditor de cuentos se trata solamente de transformaciones externas. Si el cuento narra que el héroe vence al dragón, se casa con la princesa y llega a ser rey, o que el repugnante animal se convierte en doncella, se puede decir, en términos generales, que el cuento muestra etapas de evolución interior, procesos de maduración. Cada hombre lleva en sí una imagen directriz de ser rey; alcanzar una corona es imagen de crecer hacia las más altas esferas que nos son realizables. Cada hombre lleva su reino personal dentro de sí. Y por esta razón, el reino externo de la princesa y su prometido es tan fascinante, pues posee fuerza simbólica. Ser rey no sólo significa tener poder (en la realidad moderna al rey y la reina se les ha despojado casi totalmente de poder exterior, se podría decir que han sido liberados de él y con ello han ganado en fuerza y esplendor). El rey es la imagen más completa de la autorrealización. La corona y el traje de gala juegan en el cuento un rol tan importante, porque hacen traslucir el brillo, la luz alcanzada por la realización interior. Cuando la joven huérfana y generosa es cubierta de oro, nadie duda que este oro no sea la imagen de la hermosa alma de la niña. Y cuando otras heroínas se peinan flores en el pelo, o de cada uno de sus pasos brotan flores del suelo, también lo entendemos, sin ninguna duda, como algo simbólico. El oro no sólo significa el poder del dinero, sino representa, y con mayor frecuencia, la realización sublime y cósmica del hombre. Por estas razones, poseer un reino tiene en el cuento un significado sensible y lleno de fuerza y *no puramente material.*

La unión del príncipe con la niña desamparada y muda, aparecida en el bosque, la de la hija del rey con el cuidador de cabras, sería según los seguidores de Jung, una imagen de las fuerzas contrarias que habitan nuestra alma, el reconocimiento de una facultad postergada, signos de maduración hacia una integración humana. Es decir, representaciones de un ascenso hacia un estado superior. Se vencen peligros mortales, se realizan tareas imposibles, pero siempre se encuentra el camino para desposar príncipes y princesas, para acceder a reinos y tesoros.

El hombre que aspira a crecer más allá de su realidad propia, que lleva en sí mismo

la disposición hacia lo superior, y puede alcanzar estas alturas, *esta es la imagen del hombre de nuestros cuentos*, más exactamente, una parte de la imagen del hombre que se muestra en el cuento. Debemos estar seguros que los niños que escuchan absortos estas narraciones, si bien no entienden la totalidad de su significado, sí lo intuyen. No es el cambio social el que fascina al niño en edad de cuentos, sino la superación de los peligros y accesos a un mundo de luz, sea éste un reino del sol o de las estrellas o el acceso a un mundo terrenal representado con magnificencia sobrenatural.

La imagen del hombre, así como aparece en los cuentos, se deja observar también desde otro punto de vista. *El héroe de los cuentos es esencialmente un caminante.* Mientras los acontecimientos de una leyenda suceden generalmente en un pueblo o en sus alrededores, el cuento envía a sus héroes por el vasto mundo. Sea porque los padres son muy pobres para mantener a sus hijos, o porque una tarea o desafío lo atraen hacia lo desconocido, o por el simple deseo de buscar aventuras. Este deambular por múltiples caminos nos traspasa una sensación de amplia libertad y liviandad, reforzada además por otros rasgos del cuento, permitiendo confiar plenamente en un feliz desenlace. En la leyenda en cambio, la permanencia en una misma aldea, o la expectación por una aparición temible, nos transmiten algo denso, no liberado. El héroe de los cuentos contrasta con éste por su fácil movilidad. El hombre de la leyenda es un ser ensimismado y visionario; el héroe del cuento camina de situación en situación, sin sorprenderse ni meditar sobre el alcance que estas puedan tener. Los elementos irreales que le salen al encuentro le interesan sólo como ayudantes, ni siquiera le despiertan la curiosidad de conocer sus amenazantes misterios. El héroe del cuento no es ni observador ni temeroso, pero sí transhumante y esencialmente actante. En la leyenda los héroes están enraizados en su comunidad, no sólo en la de los vivos, sino también en la de los muertos; están enquistados en el paisaje y en el pueblo en que viven. Los personajes mágicos de bosques, montes y aguas, tanto como sus propias casas, pertenecen a sus circunstancias más próximas.

El héroe del cuento es un solitario, se

desliga de su hogar, viaja casi siempre sin compañía, y si son dos hermanos, se separan en un determinado cruce y cada uno asume su propia aventura. A menudo el héroe de los cuentos no vuelve a su hogar. Cuando sale a liberar a una hija de reyes o a cumplir una difícil prueba, no prepara su estrategia con anticipación. En el camino le sale al encuentro un viejecito con el cual comparte el pan, recibiendo en recompensa los consejos que necesita para llegar a la meta, o encuentra un animal salvaje al que le saca una dolorosa espina, ganando en reconocimiento una ayuda cuyas virtudes alcanzan para superar la prueba propuesta. El héroe todo lo acepta sin asombrarse, lo usa en el momento decisivo y luego no piensa más en ello. Si el cuento tan a menudo convierte en héroe al hijo pequeño, a un huérfano, a un despreciado, a un pobre, no está más que reforzando la idea de su soledad. También el príncipe, la princesa o el rey, cumbres visibles de la sociedad, están en algún sentido desligados, aislados, solos.

El cuento y la leyenda, formas que han convivido por siglos junto al pueblo, se complementan. Las leyendas formulan la eterna y temida pregunta: ¿quién es el hombre, qué el mundo? El cuento cuyo origen probablemente no se debe buscar en el pueblo mismo, sino en sabios y poetas iniciados, pareciera dar una respuesta. En la leyenda percibimos el miedo del hombre, quien, a pesar de estar inmerso en una comunidad, se siente solo frente a un mundo misterioso o difícilmente comprensible, un mundo que lo amenaza con la muerte. El cuento, en cambio, muestra a través de su héroe la imagen de aquel, que sin comprender la última esencia de las cosas, es guiado en forma segura por caminos riesgosos y desconocidos. El héroe de un cuento es *un privilegiado*. Los dones del más allá fluyen hacia él y le ayudan a superar luchas y peligros. Pero el cuento también conoce a los no elegidos. En general son los hermanos mayores, las madrastras, las brujas que actúan con falsedad, envidia o despiadadamente. A ellos no les salen viejecitas al encuentro, ni animal alguno que le regale sus prodigios. Estos son los desafortunados. Con ellos no se identifica el auditor de cuentos, sino con el héroe *que camina en soledad, aislado y, sin embargo, es capaz de tomar contacto con todas las cosas, con todo*

tipo de seres, con la naturaleza, con lo esencial. Por su comportamiento desinteresado, es quizás que gana estos prodigios. Pero esta conducta no es "moral" en el estricto sentido de la palabra. También el flojo puede pertenecer al grupo de los elegidos, también a él se le puede otorgar la realización de sus deseos, sin desplegar el más mínimo esfuerzo. La joven princesa que no quiere desposar al horrible sapo, como la había prometido, decide reventarlo contra la pared, y he aquí que sucede el prodigio: rompe el encantamiento, *sin sospecharlo*, y un hermoso príncipe embrujado se le presenta con toda su apostura. El héroe del cuento hace siempre lo preciso y necesario para encontrar su recompensa, por eso es que lo hemos llamado "privilegiado".

Una imagen contraria del hombre encontramos en la leyenda. A pesar de todo el tejido social y de todas sus raíces, está sólo en su interior en los momentos decisivos. El cuento ve al hombre como esencialmente solitario, pero justamente por eso, porque no tiene ataduras fuertes, porque no está comprometido, puede tener acceso a todo el mundo. Y el mundo de los cuentos no sólo pertenece a la tierra, sino a la totalidad del cosmos. Podemos decir que ambos interpretan la realidad humana. La leyenda es expresión de sus sentimientos más fundamentales: a pesar de todo enraizamiento en organizaciones humanas, estamos inmersos en un mundo impenetrable, incomprensible y amenazante. El cuento, en cambio, conoce también la desesperación y la duda, pero las encarna en el antihéroe. A su protagonista le tiene reservada la posibilidad de adaptarse e identificarse con toda la realidad. A pesar de no conocerla en su totalidad ni en su íntima esencia, le tiene confianza y es cogido por ella. Guiado como por un imán invisible, sigue con una seguridad de ensueño por el camino correcto.

El cuento es una visión poética del hombre y de sus relaciones con el mundo. Durante siglos ha regalado fuerza y confianza a su audiencia, porque ella ha intuído la verdad interior que contiene.

BIBLIOGRAFIA

- Fromm, E., **Märchen, Mythen, Träume**, Stuttgart, 1980
Karlinger, F., Ed., **Wege der Märchen forschung**, Darmstadt, 1985
Lüthi, M., **Das europäische Volksmärchen**, Stuttgart, 1985. **Märchen**, Stuttgart, 1985
Röhrich, L., **Märchen und Wirklichkeit**, Wiesbaden, 1974
Simonsen, M., **Le conte populaire**, Paríís, 1984